

Los Pasos Previos: el relato de las armas y las armas del relato.

Erlich, Uriel; Gamallo, Leandro.

Cita:

Erlich, Uriel; Gamallo, Leandro (2007). *Los Pasos Previos: el relato de las armas y las armas del relato*. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/331>

Los Pasos Previos: el relato de las armas y las armas del relato

Erlich, Uriel; Gamallo, Leandro

Carrera de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

uerlich@fibertel.com.ar

lgamallo@yahoo.com.ar

INTRODUCCION

Todo aquello parecía una gran novela policial, aunque muy mal escrita porque los personajes estaban invertidos: los "reos" eran inocentes y las "fuerzas del orden" eran los culpables, los asesinos, los torturadores (Urondo, 1999:272).

La historia es, se sabe, un relato. Lejos han quedado las visiones historiográficas que propugnaban la *objetividad de los hechos históricos*, que patrocinaban que *la verdad* sería develada directamente por las fuentes. Hoy sabemos que esa verdad no existe. Fácil sería que un documento del pasado revelara por sí mismo los interrogantes planteados desde el presente; pero afortunadamente esto no es así. La historia, como relato, es una hermenéutica de hechos, una interpretación de sucesos que puestos en sentido con un todo cobran significado en relación con una construcción conceptual hecha desde el presente hacia el pasado. Así diversos acontecimientos históricos tienen numerosas interpretaciones, de las cuales ninguna puede arrogarse, en sí misma, más cientificidad que otra, puesto que todas son hechas desde una visión del presente que pugna por tal definición. Desde ese presente, y para ese presente, serán relevantes distintas etapas del pasado; y habrá tantas interpretaciones de él como proyectos políticos presentes haya: si las visiones del pasado son contradictorias es porque la actualidad desde la cual se mira lo es, los hechos de la historia son relevantes en tanto integran un marco teórico que legitima proyectos políticos en vigencia pugnando por ser hegemónicos (Feinmann, 1982).

Esto es muy relevante en un país como Argentina en que “el pasado ha sido vivido como presente de una manera peculiarmente intensa” (James, 2005:13). Personajes públicos, individuos históricos han leído el más reciente pretérito para legitimar y justificar actos propios, y, a la vez, aún con mayor fuerza, “figuras nacionales y movimientos sociales y políticos del pasado se convirtieron muchas veces en mitologías que sirven como símbolos cuya función es racionalizar, justificar y dar una coherencia emocional a necesidades políticas presentes” (James, 2005:13).

En este marco, la cuestión a analizar aquí será la radicalización de la clase media y, más precisamente, de los intelectuales en el período de tiempo que va desde fines de la década del cincuenta hasta mediados de la década del setenta, período que Gilman conceptualiza como *época*, definida ésta como “un campo de lo que es públicamente decible y aceptable (...) en cierto momento de la historia, más que como un lapso temporal fechado por puros

acontecimientos” (Gilman: 37). El objetivo, entonces, será indagar cuáles fueron las interpretaciones del pasado inmediato a esa época que dieron lugar a diversas prácticas, desarrollando en este intento algunas de las posibles lecturas de aquel período.

Así pues, la memoria de la lucha de los intelectuales militantes de dicha etapa debe ser también la memoria de las condiciones de su militancia, de su vida y obra. Para acceder a esas condiciones, el arte, y más precisamente la literatura, constituye un relato que refleja los imaginarios sociales de la época y los discursos simbólicos que legitimaron diferentes experiencias a lo largo del tiempo. Tomaremos para esto, la novela Los pasos Previos (1972)¹, de Francisco Urondo, la cual narra la preocupación fundamental de los intelectuales de la década del sesenta por su incorporación a la lucha revolucionaria. Allí se señala, a través del debate y el entrecruce de ideas, las exposiciones de las razones (o las no-razones) de la lucha armada y su legitimación, debates que ocuparon un rol central en las querellas de los intelectuales de la época representados por los personajes de la novela y sacralizados de manera formidable por Urondo.

Francisco Urondo fue, precisamente, un intelectual. Gilman señala para la época una conversión de los escritores en intelectuales. Parámetro de la legitimidad de la producción textual, la política se constituyó en el centro inevitable de los escritos del momento, en donde “ el espacio público fue el escenario privilegiado donde se autorizó la voz del escritor, convertido así en intelectual” (Gilman, 2003: 29). Poeta, periodista, dramaturgo y hombre de la cultura, Paco, como le decían, decide emprender la toma de las armas en 1970, año en que se enrola en las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), organización en la cual militaba ya su hija. Como se ve, entonces, un intelectual que decide emprender la lucha armada escribe una novela cuyos protagonistas son intelectuales y optan por la opción violenta. Los pasos previos cuenta la transición de un grupo de intelectuales de clase media argentina, hacia lo que es la lucha armada. A partir de diversas situaciones y contextos político-sociales que va tratando la novela, (y que sucedieron históricamente en Argentina) se va desarrollando un imaginario social que justifica y propone como alternativa legítima posible la violencia encarnada en la organización armada.

A través de una combinación que incluye ficción, registro documental y testimonio, articulando reportajes al sindicalista Raimundo Ongaro con relatos en los que se debaten ideas, Urondo trata de mostrarnos cuál era el clima de época que llevó al movimiento revolucionario a adquirir una perspectiva respecto de las diversas formas de violencia a las que podía recurrir el pueblo para resistir la violencia del Estado y del Capital y cuál debía ser el papel de los intelectuales en la “revolución venidera”.

LA NOVELA

Los Pasos Previos es una novela que está estructurada en nueve capítulos con sus subdivisiones internas. Cada una de éstas está titulada con relación al

contenido que allí se desarrolla. Cada uno de los capítulos, excepto el primero, comienza con un relato periodístico que va describiendo distintos acontecimientos históricos del período. Discursos de Ongaro tomados de *Sólo el pueblo salvará al pueblo* con textos aclaratorios de Rodolfo Walsh y distintas notas de investigación del periodista Pedro Leopoldo Barraza acerca de la desaparición de Felipe Vallese se van sucediendo a lo largo del comienzo de los capítulos.

Al comienzo de la novela, los escenarios que el autor va construyendo para sus protagonistas se basan centralmente en discusiones o debates teórico-políticos, ya sea vinculados al arte, a la acción política y sus estrategias. La función del arte en la discusión política es polemizada por los protagonistas al comienzo en el apartado denominado *Los cómicos y el dinero*: algunos proponen actuar sobre los límites; otros, traspasarlos. Tal como nos recuerda Oscar Terán (2003: 37), “así como Stendhal se preguntaba qué querría decir para una mosca que nace a las diez de la mañana y muere a las cuatro de la tarde la palabra “noche”, alguien entre nosotros se preguntaba ¿Qué quiere decir estructuralismo para un muchacho masacrado en Caracas?”. Este debate se enmarca en un enfrentamiento más global referido por Gilman (2003) y que caracterizó al período. Según esta autora, la discusión intelectual se centró, cada vez más, en el problema de sus funciones dentro de la militancia: el requerimiento del compromiso ya no estuvo dirigido al arte, sino al hombre. A partir de entonces sólo hubo dos opciones: retomar la tradición del ideal crítico o apoyar la revolución desde la praxis. Rodolfo Walsh aseguró en la última etapa de su vida: “ya no escribo más”, optando claramente por esta última opción. Urondo en cambio, no ve en estas alternativas una contradicción y no rechaza ninguna de las dos, ya que consideraba a ambas fundamentales y complementarias (cuestión que se desarrollará más adelante).

El libro nos muestra la violencia del régimen de Onganía¹ desde el principio, incluso en la primera escena del libro donde la elección en un sindicato va a culminar “a los tiros”. A medida que va avanzando la novela, y esto es lo central -así como también van incorporándose las crónicas periodísticas que suscitan una violencia cada vez mayor- se va a ir viendo una radicalización de las acciones de los protagonistas; acciones que, desde los sujetos, son vistas como una respuesta, sino la única, ante un régimen que no sólo no satisface demandas de una población cada vez más excluida, sino que además no genera mecanismos de participación: el régimen de Onganía hambrea, coarta y reprime.

Esto va siendo vislumbrado por los protagonistas, que sentían que “Onganía había desenvainado y ninguna vieja estrategia pudo aguantar su atropellada (...) Sin embargo, aunque todos tuvieron la sensación de que el horizonte comenzaba a cerrarse, que la clausura se instalaba, habría mucho que agradecer a la polarización...” (Urondo 1999: 24). Aquí hay ya un “agradecimiento a la polarización” en el cual se vislumbra una legitimación incipiente de la utilización de la violencia como herramienta política. La situación se describe como un “abismo que nos rodeaba a todos”. Las distintas posturas ya estaban en juego. Y había que jugar. “Estaban unos en pleno salto, otros observando el espacio por donde se trazaba la parábola. Había que empezar de nuevo u olvidar” (Urondo 1999: 25).

El capítulo dos comienza con el racconto histórico-periodístico acerca de la creación de la CGT de los Argentinos (CGTA de acá en adelante), rama más

combativa e intransigente del movimiento obrero¹. A ojos de Urondo, y retomando al peronismo más combativo, Ongaro representa la *Resistencia*, en contraposición al peronismo de la burocracia sindical, el de la *Integración* (James, 2005). Hablamos de la movilidad y de la combatividad de las bases obreras ante una cúpula “traidora y corrupta”. Y el testimonio de Raymundo Ongaro da cuenta de ello: ante las posibilidades de negociar con el régimen, éste prefigura que “la lucha no es fácil, la lucha es dura... va a costar algo más que palabras, va a costar algo más que movilización y va a costar algo más que organización” (Urondo 1999: 70). Ese “algo más” va a ir descubriéndose a lo largo de la novela.

Con el apartado periodístico del capítulo tres comienza la referencia a la historia de la desaparición de Felipe Vallese: “Esta es la historia de Felipe Vallese. Pero puede ser la de cualquiera, la de cada uno de los dirigentes de los cuadros sindicales medios, puede ser la historia de todos y en cualquier momento... Es la historia del asco... la historia de la náusea..., la historia de un sistema que agoniza pero que sigue haciendo daño”¹ (Urondo 1999: 109). “El infierno de Felipe Vallese” es tomado como ejemplo de hasta dónde puede llegar el gobierno con sus acciones. Dirigentes sindicales altos y medios, trabajadores, militantes, estudiantes, así como sus familias, perciben una constante amenaza de lo que son ya acciones de terrorismo de Estado: la historia de Felipe Vallese “puede ser la de cualquiera”. Con esta historia, Urondo muestra el grado de organización y frialdad de la represión del régimen; represión en la que “están implicados directa e indirectamente desde la policía y servicios de informaciones del Estado hasta los jueces y funcionarios de gobierno (...) sentados sobre sus vocablos preferidos: DEMOCRACIA, LIBERTAD, PACIFICACIÓN” (Urondo 1999: 111).

La radicalización de los de abajo fue precedida y estuvo justificada para el imaginario social de muchos militantes de la época (representados por los protagonistas de la novela) por la radicalización de la represión de los de arriba, encarnada en el asesinato de Felipe Vallese: así leyó Urondo dicha desaparición. La democracia, la justicia formal, la división de poderes, son instrumentos del régimen para perpetuar un sistema y reprimir a aquellos que lo minan con sus acciones.

Más adelante se desarrolla el debate en el seno de la comunidad intelectual latinoamericana sobre la acción militante. Se trata de la lucha entre los intelectuales latinoamericanos, descrita más arriba, defensores del ideal crítico y aquellos otros constituidos en paladines del ideal revolucionario. Las líneas de acción, serían dos: el encuadre dentro de la lucha revolucionaria, ya sea dentro del combate o permaneciendo en el campo cultural y el declaracionismo, es decir, manifestarse como revolucionarios aunque defendiendo ideales “burgueses” como la libertad de expresión, el papel de la crítica, etc. Este debate será bisagra para las acciones futuras de los intelectuales latinoamericanos. Se trata de saber cuál va a ser la postura a tomar ante la inminente lucha a desarrollarse en los distintos países. Lucha que, ya dijimos, se estaba radicalizando cada vez más. Las opciones, entonces, serían: aportar a la lucha desde la pluma, desde la crítica cultural-

intelectual o dejar el mero aporte político-cultural y pasar a ser partícipe directo de esa lucha desde el fusil.

El capítulo cuarto prosigue con el planteo de la acción con una reflexión elocuente de Ongaro: “La liberación nacional y la revolución social, que son sagradas para los trabajadores, también han sido escritas en algunos casos con testimonios de sangre, pero falta hacerlas. Cómo hacerlas, es un problema que se nos plantea a todos” (Urondo 1999: 177).

Cabe destacar la importancia de Cuba en la lucha revolucionaria de aquel entonces. En este contexto, la revolución cubana apareció como la única salida veraz a una situación desesperanzada, en la cual los cambios por la vía legal o institucional podían ser, o de hecho serían, anulados por la intervención de las Fuerzas Militares, convertidas en perros guardianes de un orden tradicional acribillado de injusticias. Producida sin teoría alguna que la precediera, la revolución cubana se constituyó rápidamente en el paradigma de acción militante para muchos intelectuales. Desde allí, en el congreso a que se hace mención en la novela (meses después de la muerte del Che), Fidel exhortaba a los pueblos a continuar con la estrategia revolucionaria desde las armas. Aceptaba también a la guerrilla urbana como sujeto revolucionario, nacionalizando así, las tácticas de pelea, y delegando la lucha a cada guerrilla nacional. Era suicida, se argumentaba, que Cuba se hiciera cargo de todas las revoluciones (Urondo 1999: 187). Como se ve, la efervescencia ante la lucha armada no sólo se va radicalizando y legitimando ante diversas circunstancias y lecturas históricas sino que además se configura como estrategia revolucionaria precisa porque “no había un solo método para formar el partido conductor (...) Así la determinación de un objetivo militar sería una opción política. Esto conjuraba la desconexión con la clase” (Urondo 1999: 187-188), tesis de los intelectuales que argumentaban contra la militarización como alternativa.

LOS APOSTOLES

La novela tiene numerosos personajes, cuatro de los cuales llevan el nombre de los cuatro apóstoles que escribieron los evangelios: Mateo, Marcos, Juan y Lucas. Los evangelios (palabra que significa buena noticia en griego) cristianos narran la vida y obra de Jesucristo y tienen como fin catequizar, es decir que no son relatos biográficos de fidelidad sino que tienen un fin religioso. Según el registro bíblico, los apóstoles fueron los que propagaron la doctrina cristiana a través del relato de la muerte de Jesucristo, historia que algunos vieron y otros escucharon.

Para el final del capítulo cuatro de la novela, estos “apóstoles” se reúnen para escuchar la versión del personaje Mateo sobre los últimos días del Che Guevara: “Y Mateo habló (...) El propósito era conocer «la verdad de las cosas»” (Evangelio Según San Lucas 1:4, en pág. 210 de la novela), es decir, cómo el Che Guevara partió rumbo a Bolivia a hacer la revolución y, al igual que la misión de los apóstoles con Jesucristo, narrar su asesinato. El lenguaje que utiliza Urondo aquí es marcadamente bíblico, de hecho utiliza citas directas

de las escrituras poniéndolas en boca de los personajes en las frases entrecomilladas del texto: se hace alusión al Che tomando el relato de la muerte de Cristo; “a partir de ese momento se llegarían «a él todos» (Evangelio según San Marcos 1:32), para abrir «el sentido, para que entendiesen» (Evangelio según San Lucas 24:45, pág. 210 de la novela)”. A partir de la muerte del Che se sacraliza su figura y se la compara con la de Cristo: se trata de difundir ya no significativas ideas del orden religioso, sino ideas sacralizadas vinculadas al plano político y social. Al igual que aquellos apóstoles, éstos ahora deberán diseminar la revolución por todo el mundo con la imagen del Che a la cabeza. El personaje del torturador Cabrera, lo explicita en una conversación con el "apóstol" Marcos: "Nuestra profesión es así: tenemos que andar de aquí para allá. Como el de ustedes, es un apostolado" (Urondo 1999: 251).

Las citas bíblicas se repetirán de aquí en más dando cuenta de la influencia católica en la militancia de la época, sobre todo en la organización armada Montoneros (guerrilla en la que termina participando Urondo y bajo la cual muere luego de que las FAR se fusionaran con ella). En este sentido resulta interesante ver la reinterpretación de Cristo y la “reencarnación” que Urondo realiza en el cadáver del Che. Esta muerte, al igual que aquélla, es reveladora; echa luz sobre un manto de oscuridad; y aquí cobra suma importancia la idea de relato mencionada al principio. Es el relato de esa muerte el que hay que propagar por toda Latinoamérica como un mandato “divino”. Y en esa función es donde cobran vital importancia los “apóstoles”; los militantes, sobre todo los intelectuales, además de luchar, son relatores, y en virtud de ese relato se convierten en continuadores de la vida de Él.¹

La apertura del capítulo cinco comienza con un discurso de Ongaro en el que se resalta la lucha del pueblo como única salida a la represión y el autoritarismo del régimen. “¿Qué vamos a esperar, la apertura del tiempo social o del tiempo político?”¹ Para los pueblos, queridos compañeros, no quedan más posibilidades” (Urondo 1999: 220). Allí mismo Ongaro se da cuenta de las consecuencias a las que se enfrentan él y el pueblo que lucha. “Yo me pongo a la cabeza, se van a poner todos los compañeros! Y que nos maten a todos, que nos pongan presos. ¡Saquemos el último cacho de miedo que hay! No nos van a poder reprimir” (Urondo 1999: 221). Y es precisamente esta represión in crescendo la que va a buscar al personaje Marcos hasta Europa para encontrarlo, sacar algún tipo de información y, nuevamente ante su silencio (lo mismo hubiera sido hablar), asesinarlo.

Este capítulo, que empieza con la radicalización del discurso de Ongaro, tiene su correlato en una radicalización de la represión “de los de arriba” que asesina a un protagonista de la novela. A esta altura hay una única salida posible, hay una única opción; en verdad, hay ya una decisión tomada. Es la decisión que toma Mateo en una carta que le escribe a Isolda, una amante que él conoce en Cuba, “por si llegaba a pasar algo” (Urondo 1999: 242). Allí Mateo decide “elegir la vida con todos sus riesgos; la vida y no la sobrevivida. Una muerte decente, en suma, digna de mí, de un hombre”. Hay aquí una diferencia marcada entre vivir y sobrevivir. La vida, la verdadera vida, es la lucha “con todos sus riesgos”, lo otro es sobrevivir, es resignación; es también morir,

porque no es vivir luchando. Pero este vivir conlleva precisamente una tristeza, la tristeza de “una época tremenda” que les tocó vivir. Y esa decisión es trágica pero consciente “porque la vida que yo tengo no me pertenece, se la debo a muchos. Y la conciencia de esa vida es producto de sacrificios y martirios que no quiero traicionar. Osar, morir, da vida” (Urondo 1999: 241).

Hay, pues, un nuevo imaginario social que postula que la única forma de vida es la resistencia, la lucha, puesto que la vida de algunos (o de uno) es la vida de todos y en la vida de uno, entonces, se juega la vida de muchos. En esa postulación vivir es luchar y morir luchando es vivir; tal y como vive el Che Guevara en el relato de los “apóstoles”. La última frase: “Osar, morir, da vida”, corresponde al *apóstol* de Latinoamérica, el cubano José Martí¹, y resume esa condición. Es aquí interesante observar nuevamente la influencia católica en la idea del amor al prójimo y en la creencia en la vida después de la muerte física. Dicha influencia, según Gillespie (1998: 150), hizo que los militantes evitaran el temor a la muerte: “En la literatura montonera los guerrilleros fueron presentados como heroicos «hijos del pueblo» que «caían» en vez de morir, y se les concedió la categoría de mártires”. De hecho – y adelantándonos- Francisco “Paco” Urondo, antes de ser capturado, se suicida ingiriendo una pastilla de Cianuro.

Nuevamente, en una conversación de los “apóstoles”, uno de ellos nos cuenta detalladamente acerca de los últimos momentos de vida del Che, de su pasión. El encargado de hacerlo es Marcos quien, poco antes de morir, en un diálogo con Mateo dice: “...el comandante había leído un poema «que él había inventado». Y estas serían las últimas navidades que él pasaría con vida (...) a partir de ese momento se llegarían «a él todos», para abrir «el sentido, para que entendiesen». Y «pasando por la mañana, vieran que la higuera se había secado desde las raíces». (Evangelio según San Marcos, 11:20, Pág. 245 de la novela).

Otra vez, los “apóstoles” del Che Guevara tienen como misión difundir cómo fueron los últimos momentos de su vida, así como los apóstoles bíblicos relataron la pasión de Jesucristo. Hay, además, una referencia tomada de la Biblia a la higuera, lo cual es una metáfora al lugar donde fue asesinado el Che Guevara: el pueblo de La Higuera, en Bolivia.

El capítulo sexto comienza contando la “experiencia” que Felipe Vallese tuvo con las “fuerzas del orden” previamente a su desaparición. Con el “Caso Vallese” (“el Infierno de Felipe Vallese”, según se lo denomina), el autor hace un trágico -y lúcido- vaticinio: “se estaba demostrando que en nuestro país un hombre puede desaparecer, pueden conocerse sus secuestradores, con nombres y apellidos, y no pasar absolutamente nada” (Urondo 1999: 273).

También realiza, en este sentido, una referencia a la investigación periodística realizada por Pedro Leopoldo Barraza¹ en la que se nombra uno a uno a los responsables de todos estos hechos delictivos. Dicha investigación no tiene ninguna consecuencia, pues sólo gobierna la injusticia, o más bien la complicidad de la justicia, y la impunidad. Y frente a esta justicia naturalmente corrupta la solución es la justicia popular, la lucha armada: el Caso Vallese

"confirma que solamente una poderosa movilización popular, podrá vencer a los aparatos represivos del sistema" (Urondo 1999: 287).

Ya dentro de la historia de los personajes de la novela encontramos nuevamente otra escena bíblica; esta vez el protagonista es Juan: "Y esto era todo lo que sabía, aunque después recordó Juan que, a partir de ese momento, se llegarían «a él todos», para abrir «el sentido, para que entendieran». Porque, «aunque a mí no me creáis, creed a las obras»" (Evangelio según Juan 10:38, pág. 303 de la novela). Esta frase surge precisamente después de contar el asesinato de Marcos. La muerte, sea cuál fuere, cobra carácter heroico y divino por la calidad del acontecimiento. No importa quién fue asesinado: el Che, Jesucristo o Marcos. Lo importante es resaltar el valor (tomado de la tradición católica) de las obras, el valor de su acción militante, de la lucha. Ante este valor supremo de la acción, cualquier sujeto es Jesucristo, el Che, o Marcos: todos son mártires. Y todos, en la misma dirección de la reflexión anterior, viven aunque mueran, porque su muerte fue en combate; su muerte es vida misma y merece y debe ser relatada por los apóstoles: "sacrificar la propia vida garantizaba una especie de existencia metafísica entre el «pueblo» mucho después de la muerte física" (Gillespie, 1998: 151).

Una de las discusiones del capítulo nos muestra, una vez más, cuál ha sido la elección de Mateo y la de muchos de sus compañeros. En ella, Rinaldi, dirigente sindical que aparece en la elección del sindicato al comienzo del capítulo uno, desconfiaba de la actividad militar porque "por ese camino la desconexión con la clase es inevitable". Ante esto, Mateo rebate que "depende de los objetivos militares que se elijan", insistiendo en que "política -al menos como se la entendía antes- ya no se podía hacer; todos los caminos de acercamiento estaban copados. Los sindicatos (...) fueron intervenidos. Los partidos políticos (...) habían sido disueltos". (Urondo 1999: 318). Una vez más, la violencia se aparece como la única opción ante un régimen totalmente opresor.

En el último capítulo de la novela no quedan dudas acerca de la elección tomada. En el apartado, Ongaro sentencia: "El problema de la violencia o no violencia no es un problema filosófico, sino la respuesta angustiada que hoy tienen las mayorías populares" (Urondo 1999: 327). Nuevamente en este capítulo, los "apóstoles" "hicieron un silencio breve en el que se miraron y se arrimaron formando un pequeño círculo a partir del lugar en el que estaba sentado Lucas; querían conocer la «verdad de las cosas»". Lucas, como buen apóstol, relató la muerte del Che, confirmando la posibilidad del asesinato. "Recordó Lucas, que a partir de ese momento, se llegarían «a él todos», para abrir «el sentido, para que entendieran». Y que así en vano no serían los martirios de «los que habían sido atormentados de espíritus inmundos: y estaban curados»" (Evangelio según Lucas 6:18, págs. 343-344 de la novela). En este punto la interpretación religiosa de la muerte del Che es impactante. Su muerte, como la de tantos otros, no fue en vano porque los tormentos sufridos de parte de "espíritus inmundos" lo "curan" de todo pecado, lo salvan de cualquier condena, perpetuándolo, como vimos antes, más allá de su muerte física.

En este capítulo se va a tratar el episodio histórico del Cordobazo, en donde se muestra a la lucha no ya desde un sector intelectual minoritario que se opone a un régimen cada vez más represivo, sino del pueblo todo que se alza, en nombre de la clase obrera y el peronismo, ante las vejaciones del gobierno de Onganía. Y justamente el subtítulo de esta parte es "Invasiones Inglesas" haciendo referencia a la participación completa del pueblo cordobés. Como en 1806, desde los balcones la gente tiraba aceite hirviendo al enemigo extranjero: Onganía y el Stablishment.

Hacia el final encontramos otra reflexión de Mateo en referencia a la acción de Manuel, un militante asesinado por la policía: "hay que contar su historia, porque de la abundancia del corazón hablaba su boca". (Evangelio según Mateo, 12:34, Pág. 375 de la novela). La referencia al relato es otra vez explícita. La importancia de la narración, ahora como reflejo de "la abundancia del corazón", es indispensable para la propagación de la lucha y, sobre todo, para la supervivencia de los "caídos". El final de Urondo tendrá mucho que ver con esta concepción de la vida y la muerte.

Conclusiones

El debate intelectual en este período es tratado como el primer momento de un proceso, como el momento de transición a una radicalización cada vez mayor, una transición determinada por la radicalización de los de arriba. La obra es el recorrido de todos esos debates, esas representaciones simbólicas que atraviesan una época marcada por la violencia, el autoritarismo y la falta de canales de participación formal. En el libro se hacen varias lecturas alrededor de una serie de sucesos que culminan por legitimar la violencia armada. Dicha legitimación es vista como un proceso largo, precedido de diversas causas y numerosos debates. Entre ellos están la violencia como única salida política, la violencia como forma de vida (es decir, la lucha –y la muerte- como realización del ser humano), la injusticia inmanente del orden establecido en la cual "los reos son los inocentes y las fuerzas del orden los culpables", el rol del intelectual y el compromiso personal que cada uno adoptó (o pudo adoptar), el rol de la CGT de los argentinos en oposición a la CGT "dialoguista" y el peronismo -con la figura de Perón latente- en sus múltiples caras.

En cuanto a la violencia, el autor rescata (y legitima) la lucha armada como posibilidad ante un régimen opresor que no da lugar a otra alternativa. Los personajes de esta novela (así como también los testimonios de Ongaro, y demás discursos históricos ya mencionados) van caminando, a partir de estos pasos previos, hasta llegar a una decisión política y por sobre todo humana: la militancia activa y revolucionaria. El Caso Felipe Vallese, y su correlato en el asesinato de Marcos, es interpretado como ejemplo de la injusticia y el autoritarismo de un gobierno, demostrando la preponderancia de la impunidad, incluso ante el intento de justicia de investigaciones que aclaran con nombre y apellido quiénes fueron los culpables. El crimen, a ojos de Urondo, demuestra que este régimen, el nuestro, es inherentemente injusto y corrupto "porque nuestra justicia es así, occidental, cristiana, burocrática y encubridora del sistema, por sobre todas las cosas" (Urondo 1999: 271).

El intelectual por su parte, no escapa a la disyuntiva entre la pluma y el fusil. En este punto Urondo es aleccionador, puesto que si bien su elección (y la de sus personajes) es el fusil, esta elección no es excluyente de la primera: la pluma también es necesaria, el relato es tan indispensable como la acción, ambas opciones son correctas, válidas y necesarias. En el diálogo entre dos personajes, Simón, antes de exiliarse, le dice a Palenque (Urondo 1999: 378):

- No tengo la menor idea de lo que voy a hacer.
- Contá: hacé lo que hacían Marcos y Juan, lo que hacen Lucas y Mateo: contá.
- ¿Qué querés que cuente?
- Lo que pasa, lo que te pasa. Por qué te has ido de tu país, eso vas a saberlo, y será necesario.

Al modo de nuestros apóstoles, cuyo relato es fundamental en la difusión de las Obras, la Misión de Simón, será Contar. Además, otra de las disyuntivas que presenta la novela es la de quedarse o irse. Ambas son reconocidas por el autor, son válidas y en ambas está la posibilidad de la lucha, si bien se producen desde distintos lugares.

En cuanto al rol del sindicalismo, Urondo le realiza una crítica dura a la facción dialoguista, sobre todo a su máxima figura: Augusto Vandor. En principio critica muy duramente la inacción de Vandor ante la "desaparición forzosa" de Vallese que, al encontrarse con otros presos en la celda, le envía a través de éstos un "S.O.S. a Vandor", el cual éste desoye. El peronismo de la burocracia sindical es leído por Urondo como la traición por parte de la dirigencia hacia unas bases profundamente movilizadas y radicalizadas.

El imaginario social de la *época*, que se puede ver reflejado en Los Pasos Previos (sobre todo en los discursos de Ongaro), supone una profunda conciencia del movimiento obrero, como portador del verdadero peronismo y protagonista de la mítica Resistencia. Es el pueblo quien se opone a negociar con quienes le han quitado lo que tenía, la posibilidad de expresarse, de manifestarse, su libertad. Y lo afirma Ongaro cuando dice que "tampoco va a haber arreglo, ni entendimiento, ni pacto de ninguna clase con la dictadura ni los intereses que la dictadura representa" (Urondo 1999: 217)

Aquellos pasos previos son los prolegómenos de los pasos últimos, los más violentos. El desarrollo de la militancia de la novela culmina con el asesinato de Augusto Vandor, así como con los atentados a un ícono del capital extranjero: los Supermercados Minimax, propiedad de Rockefeller. Esos últimos pasos son los que transita Urondo en 1976, cuando ingiere una pastilla de cianuro ante una encerrona de la policía. Tal como había previsto en sus ficciones, Urondo murió en la lucha y, por tanto, "vive en cada compañero".

Todas estas lecturas de acontecimientos en principio aislados se enmarcan, sin embargo, dentro de una interpretación más global acerca de un fenómeno histórico de evidente relevancia: el peronismo. La omisión de dicha palabra en los apartados, a la cual Urondo alude como "P...", es elocuente del grado de misticismo e idealismo que había cobrado el peronismo para la *época*. Se trata de una imagen latente de un peronismo prohibido pero que está a "flor de piel",

en cada manifestación, en cada expresión, en cada acción; porque la clase obrera, se argumenta, es inherentemente peronista.

Son los pasos previos a aceptar que toda la lucha, así como la clase obrera, termina siendo peronista. Esta lectura fundamental, que será crucial para la generación que vivió en los años sesenta y setenta, es la lectura que esos adolescentes militantes hicieron del peronismo. Muchísimos jóvenes internalizaron un fuerte sentimiento de culpa en relación con su antiperonismo anterior (o el de sus padres) y protagonizaron una sensación de arrepentimiento que hizo que se integraran al Movimiento Peronista “con un celo propio de pecadores arrepentidos” (Gillespie, 1998: 86). Sarlo (Hora y Trimboli 1994: 164), sentencia que en aquel momento “había que volver a leer y escribir de nuevo el texto que la generación anterior no había sabido leer ni escribir, que era el texto del peronismo”. Esta reinterpretación histórica del fenómeno peronista cobró una fuerza inusitada para la época e hizo que éste se leyera en claves verdaderamente excepcionales, como por ejemplo hacer de él una ideología que contenga en sí la violencia armada. Pero esa reinterpretación hizo, sobre todo, que la clase media se *peronizara* (Gillespie 1998) y adaptara para sí experiencias que no le pertenecían, que pertenecían a otro campo sociocultural. En palabras de Sarlo, el peronismo logró “comunicar aquello que hasta el momento permanecía incomunicado, traducir diferentes niveles sociales” (Hora y Trimboli 1994: 165), darle voz a aquellos que no la tenían y darle un oído a aquellos que habían permanecido sordos al vocífero popular: la clase media y los intelectuales. Así se vivió en la época, y de la misma manera, Urondo hace hablar a sus personajes:

- ¿Desde cuando sos peronista? -pregunta Rinaldi a Mateo.
- Me parece que mucho antes de que yo mismo me lo imaginara.

BIBLIOGRAFÍA

Del Campo, Hugo. Sindicalismo y peronismo: Los comienzos de un vínculo perdurable. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.

Feinmann, José Pablo (2004). Filosofía y Nación. Buenos Aires: Seix Barral.

Gillespie, Richard (1998). Soldados de Perón, Los Montoneros. Buenos Aires: GRIJALBO.

Gilman, Claudia (2003). Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.

Hora, Roy y Trimboli, Javier (1994). Pensar la Argentina. Buenos Aires: Ediciones El Cielo por Asalto

James, Daniel (2005). Resistencia e Integración: el peronismo y la clase trabajadora en Argentina. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.

Rapoport, Mario (2000). Historia Económica, Política y Social de la Argentina. Buenos Aires: Ediciones Macchi.

Romero, José Luis (1997). Breve historia de la Argentina. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Terán, Oscar (2004). "Las armas y el intelectual" en Punto de Vista. 76, 35-37.

Urondo, Francisco (1999). Los Pasos Previos. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora.